

SANTA FE, LAS PIEZAS DE LA MEMORIA

LAS HUELLAS DE FERNANDO BIRRI Y OTROS INTELLECTUALES

Por Carlos Fabrissin

En 1948 debí instalarme en Santa Fe a fin de cursar tres años en el Colegio de la Inmaculada Concepción para que, con los años que hiciera en la Escuela Normal de Reconquista en la carrera de maestro normal, completar el ciclo del bachillerato exigido para ingresar a cualquier universidad.

Santa Fe era entonces una ciudad de edificios bajos y su economía dependía en gran medida de la producción rural, y fundamentalmente de la burocracia estatal, al contrario de Rosario que tenía una fuerte impronta industrial – agrícola ganadera, con una importante presencia de sus puertos de ultramar, que impulsaba la exportación y aseguraba la importación de insumos.

Pero las cosas comenzaban a cambiar lentamente en nuestra capital provincial. Y en ese cambio tuvo mucho que ver la labor desarrollada por la Universidad Nacional del Litoral (UNL), especialmente en su facultad de Ingeniería Química, que pronto adquirió renombre internacional incorporando profesores en Matemática y Química de distintos países europeos, que le dieron lustre en todo Latinoamérica, de los que provenían muchos estudiantes. Por otro lado, en materia humanística el desarrollo de la UNL fue también formidable y decisivo, especialmente por la incorporación en Abogacía y otras carreras de profesores que habían sido expulsados de España luego de la cruenta Guerra Civil.

En ese desarrollo, que se extendió a toda la Provincia, debe destacarse la labor de preclaras mujeres, como la doctora Angela Romero Vera, Doctora en ciencias políticas y sociales por la U.N.L donde fue profesora, que tuvo especial relieve por su excepcional trabajo en materia de extensión científico y cultural de la misma, muy popular entre estudiantes, pionera femenina en la actividad política partidaria, embajadora del Gobierno del Dr. Frondizi en la República de Panamá.

. Marta Samatán

maestra y abogada, con fuerte presencia en cuanto material pedagógico en la provincia, extensionista reformista, luchadora en la defensa de la mujer en todos los ámbitos sociales, políticos y laborales, sufragista, por lo sufrió cesantías y cárcel.

Olga Cosettini –

a quién conocí personalmente en casa de un sobrino del que era condiscípulo, frente a la Plaza Pueyrredón de Santa Fe.- Olga y su hermana Leticia fueron creadoras de la Escuela Serena, que incorporó las artes a las aulas, enseñaba sacando a calles y plazas a sus maestros y alumnos, enseñando geometría usando de material a cercos y canteros, botánica y zoología mostrando insectos, sapos, lagartijas y otros bichos, botánica con la cantidad de árboles y plantas existentes, música, con canciones que entonaban al aire libre, y así otras materias, complementando luego estas clases con precisiones en las aulas. Personalidades de todo el mundo la visitaban, incluso escritores Premio Noveles La escuela funcionaba entonces en Rosario, hasta que un Ministro de Educación la clausuró en forma indigna y llegó a hacer tapiar la puerta de entrada para impedir el ingreso de la directora.

Ese prestigio de la Universidad y Entidades cercanas a la misma comenzaba a trascender en la Sociedad toda, sufrió los embates de algunos sectores retrógrados que lograron la intervención nacional a la UNL con la persona de Bruno Genta de perfil nacionalista, franquista y neofascista que encontró fuerte resistencia en los círculos académicos estudiantiles y sociales la ciudad y la provincia en general.

El colegio de Inmaculada Concepción al que ingresé para completar el Bachillerato que a su vez me permitiera ingresar a la facultad no fue ajeno a todo ese movimiento y sus gruesos muros coloniales no impidieron tener noticias permanentes de los cambios que se estaban dando en la ciudad; destaco en forma muy personal la tarea de tres profesores, un civil, Livio María Ciani, que además de su cátedra, tenía mucha injerencia en la orientación de la flamante e innovadora sala de cine del Colegio -luego abierta a todo público-, haciéndonos conocer mucho del nuevo cine mundial, y de dos jesuitas que trajeron aire fresco al colegio, el popular "Indio" Reyna que con su cátedra y la dirección del observatorio astronómico, nos ponía en conocimiento de tantos avances científicos y un cura joven, de apellido Aguirre cuyo nombre no recuerdo y de su apellido no tan seguro, que desde la cátedra de Literatura introdujo novedades importantes en prosa y poesía latinoamericana: Juan Rulfo, Vallejos, Girondo, Borges, y muy especialmente Pablo Neruda cuya poesía "Barcarola" recitaba con frecuencia. El profesor Aguirre no solo nos traía noticias de grandes transformaciones literarias sino también de cosas que estaban ocurriendo en la ciudad de Santa Fe, él, incluso algunos alumnos "externos" como Carlos Catania -luego de importantísima labor en el ámbito teatral santafesino-, nos hicieron conocer a los internos la formación de nuevos coros, grupos de teatro, de música y el auge de una novedad muy extraña: el funcionamiento de un humilde teatro de títeres a cargo de un muchacho que ofrecía desde chico funciones de esta especialidad, que hasta en ese momento era utilizado sólo en escuelas primarias. Era un joven sumamente inteligente que tenía la habilidad de sortear todas las dificultades económicas y de censura: Fernando

Birri. Poco a poco la labor de Birri trascendió el ámbito de los títeres para incursionar especialmente en materia de cine. Recuerdo haber concurrido a una función de títeres de “El Retabillo del Maese Pedro” en un lugar semi cerrado de un barrio y gozado de sus personajes y sus textos, de diálogos callejeros con toques de buena literatura española. Ignoro a esta distancia quién me llevó y en qué lugar funcionaba, creo que era el barrio Guadalupe.

Birri ávido de conocimiento y de aprender de un nuevo cine que se había iniciado en la Italia de posguerra se trasladó a ese país cuando yo concluía bachillerato, abrevando en el neorrealismo que con una potencia increíble estaba ganando prestigio y mercado en todo Europa y América a pesar de la escasez de recursos económicos, -el principal insumo, el celuloide, era material estratégico solo se conseguía en el mercado negro-. Se vinculó así, a directores que marcaron etapas en la historia del cine universal como Vittorio De Sica, Roberto Rossellini y muy cercanamente a guionistas como Cesare Sabattini. De esa etapa teníamos noticias a través de allegados a él y escasas notas que recogían diarios de Santa Fe.

El día en que pudimos tomar contacto directo con Birri fue cuando concurrió a una reunión en abril de 1953 que había sido muy promocionada en los clubes y comedores estudiantiles cuya intención manifiesta era constituir en Santa Fe un Cine Club. La reunión que se hizo en el Cine Mayo estaba muy concurrida, con gente muy notoria de la ciudad y otros simplemente conocidos, como el caso de Mario Mottironi, por los vínculos que tenía en Villa Ocampo, razón por la cual lo trataba hace tiempo, y que para sorpresa mía se constituyó en uno de los líderes de esa institución que se plasmaba ese día. En determinado momento se produjo un modesto tumulto en el ingreso: entraba a la sala Fernando Birri acompañado de algunos pocos amigos, vestido a la última moda italiana, un saco cruzado muy corto -casi un chaleco- y un pantalón ajustado que lo hacía más enjuto aún, saludó a muchísimos de los asistentes pero enseguida como para dar inicio a la reunión se sentó en un círculo pequeño donde estaban Mario Mottironi, y Alberto Nícoli (“el Ronco”) algunos muy notorios como José Luis Vittori, escritor e integrante del diario El Litoral. Miguel Brascó, periodista que comenzaba su carrera de humorista, Luis Gudiño Kramer, escritor, cuentista y temible corrector del diario El Litoral, el Dr. Vásquez Rossi, destacado estudiante que incursionaba en literatura. Francisco Urondo “Paco”, poeta, José María Paolantonio “Cocho” de larga amistad, al punto que cuando se filmó “Quebracho” en nuestra región, su director Ricardo Wulicher se alojó en mi casa, mientras que el Dr. Antonio Cisera “Tono” alojó a mi pedido a Cocho en su casa, ya que estaban justos de presupuesto (Urondo, Paolantonio y el Dr. Néstor Corte “el Mono” integraban la Dirección de Cultura del Gabinete del primer gobierno del Dr. Carlos Silvestre Begnis (los dos últimos, buenos amigos, me sirvieron de llave para ingresar en círculos de teatro,

canto, y pintura especialmente y conocer sus mejores exponentes). A la reunión había sido invitada una integrante de la familia Largía-Isabel-, de Rosario, que mantuvieron durante años grupos de canto, y fundadora del Cine Club Rosario. Birri, manifestó su alegría por la posibilidad cierta de tener en breve tiempo funcionando una institución dedicada al buen cine y de todos los orígenes, contando experiencias que había tenido en Roma con directores ya famosos en el mundo como Roberto Rossellini, Vittorio de Sica y según recalcó, con guionistas entre ellos el que fuera maestro de escritores para cine, Cesare Sabattini; y abogó por un cine despojado de artificios que pudiera ser producido por economías devastadas como era la italiana de entonces y muy débiles como la de los países latinoamericanos.

Filmó entonces "TIRE DIE" con alumnos del Instituto de Cine de la U.N.L. -que se constituyera en poco tiempo con destacados profesionales-, documental que usó otros recursos -no sólo la cámara- para enfatizar el clima de denuncia social que contenía, sin desviarse de su carácter de documental. Por razones obvias del lugar en el que se filmaba- sobre el estrecho terraplén del ferrocarril que unía en terrenos de bañados Santa Fe con Santo Tomé, no pude concurrir a ninguna de las sesiones de filmación, sí pude hacerlo cuando filmó "Los Inundados" toda vez que las escenas rodadas en vagones de ferrocarril se encontraban dentro de la ciudad -si no me equivoco era la Estación Mitre al sur oeste de Santa Fe- y así conocí a quien se hiciera un "célebre" personaje de Santa Fe Dolorcito Gaitán, vecino del lugar que era tan pintoresco como el que describía Mateo Booz en su libro "Santa Fe, mi país", que, con pequeños retoques fue el guion de la película. A dos tramos de la filmación -que como tal estuvo a cargo de alumnos del Instituto de Cine de la U.N.L.- logré ingresar -aunque pudiendo ver muy poco por la distancia a que nos mantenía la policía y jóvenes cercanos a la universidad.

En esos tiempos se exhibieron dos películas muy representativas del neorrealismo italiano: "Roma, ciudad abierta", con la inmensa trágica, Anna Magnani y Aldo Fabrizi, y "Ladrón de bicicletas", ambas de Roberto Rosellini.

Fue la última vez que vi a Fernando Birri, que al poco tiempo, por fotos de diarios y revistas, aparecía como un señor de larga barba y amplia sonrisa, en distintos lugares del mundo.

Birri viajero impertinente siguió el itinerario que su pasión, el cine, le iba imponiendo, Italia preferentemente y otros países y luego Cuba, donde fundara una Escuela de Cine, una de cuyas materias relevantes, fue la de guionista.

Eduardo Galeano le atribuye a él una célebre consideración acerca de las utopías. Narra en uno de sus libros, que en una conferencia que ambos daban en Cartagena de

Indias, alguien del público les pregunto acerca de la “utilidad” de las mismas, si como afirmaran antes, la utopía se encuentra siempre en el horizonte: “Ella está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más para allá. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré”. “Y entonces ¿para qué sirve la Utopía?”, fue la repregunta “Para eso sirve: para caminar hacia adelante”, respondió rápida y espontáneamente Birri, según esa versión de Galeano.

Birri en su larga vida siempre anduvo detrás de utopías y algunas se concretaron.

Reconquista, abril de 2020